

EJERCITADOR Y EJERCITANTE

Dado que muchos y muchas de ustedes, además de acompañantes son ejercitadores y ejercitadoras se impone decir una palabra a este respecto. Ambos servicios están muy ligados, pero no se identifican: se puede ser acompañante sin ser ejercitador, pero no se puede ser ejercitador sin acompañar de una u otra forma al ejercitado.

Ya sabemos que las ejercitaciones, más allá de la diversidad de tipos, son un método o pedagogía espiritual que permiten un tiempo fuerte de oración contemplativa y ascesis personalizante en vistas a la vivencia cotidiana de la dimensión contemplativa y mariana de la vida cristiana. Pero: ¿quién es un ejercitador y quién es un ejercitante y qué consejos pedagógicos se pueden ofrecer sobre todo este tema? Es lo que trataré de responder en lo que sigue.

A. Las personas

Digámoslo con claridad y brevedad: un ejercitador es todo aquel, que habiendo recibido y hecho las ejercitaciones, aprende a darlas y las comunica a otros. Y con esto ya está dicho quién es un ejercitante: aquel que recibe y hace las ejercitaciones.

El ejercitador es un servidor del Espíritu que obra en el ejercitante por medio del mismo ejercitador, de las ejercitaciones y, a veces, al margen de todo esto.

La experiencia y la historia nos han enseñado que no todos tienen vocación de ejercitador. Aún más, no todos llenamos los requisitos básicos para serlo. Entre estos requisitos hemos de mencionar:

- Autoconocimiento y autoaceptación: siempre en crecimiento.
- Capacidad de diálogo espiritual: acogida, clarificación, confrontación y discernimiento.
- Experiencia y estudio: vivencia de las ejercitaciones, capacidad de presentarlas y apertura a la confrontación con otros más experimentados.

Estos requisitos se explican por las diferentes funciones básicas que ha de desempeñar el ejercitador en su servicio. A saber:

- Conocer al ejercitante y conocerse a sí mismo en la relación. Acompañar al ejercitante con el diálogo espiritual y la oración. Presentar la doctrina y la práctica de cada uno de los ejercicios.
- Pero aún no he dicho lo más importante. Solamente cuando el ejercitador y el ejercitante entran en comunión hay auténtica comunicación de las ejercitaciones y se crea el ámbito donde el Espíritu puede obrar con facilidad. Si no hay experiencia común no habrá lenguaje capaz de comunicar: la experiencia de los sentimientos de Jesús y María crea lenguaje común.

B. Consejos pedagógicos

En los años pasados hemos aprendido también cómo proceder a fin de ser más dóciles al Espíritu. Al menos, sabemos bien que:

a. Respecto a las ejercitaciones:

- La falta de adaptabilidad o rigidez absolutiza el método práctico y, por el contrario, la veleidad o pereza lo desprecia.
- El fruto se encuentra ya en la semilla: hay que sembrar concepciones fundamentales.
- Proceder de lo más fácil a lo más difícil, de lo más general a lo más particular.
- No perder nunca de vista los valores y los fines: ellos dan sentido y orientan los medios.
- Presentar la doctrina encarnada en modelos: los santos nos arrastran al seguimiento de Jesús.

Hacer la experiencia de las ejercitaciones implica:

- En general: receptividad y elaboración .
- En particular: iluminación del entendimiento, decisión de la voluntad, afección de los sentimientos y acción mediante las obras.
- En especial: fe, esperanza y caridad.

b. Respecto a los ejercitadores:

- Intervenir integrando y no sustituyendo, a fin de concluir desapareciendo.
- Cada intervención ha de ser una respuesta a los interrogantes implícitos (ayudando a sacarlos a la luz) o explícitos del ejercitante.
- No dar un nuevo ejercicio si no se ha encarnado el precedente.
- Persuadir mediante la evidencia y no presuponer sino constatar.
- Recordar que es tonto admitir sin más lo improbable, pero es aún más tonto negar lo incomprensible.
- En la presentación de la doctrina, tanto más si se dirige a un grupo de ejercitantes, el ejercitador tendrá presente lo que a continuación sigue:
 - Los que hablan bien corren el peligro de querer demostrarlo con demasiada frecuencia o durante demasiado tiempo.
 - La naturalidad es la regla de oro: ser uno mismo, aún en los defectos, fingiendo nada, pretendiendo nada.
 - La brevedad es el principio básico: ser breve significa mucho más que hablar poco tiempo, significa también no decir cosas innecesarias; pero atención, no confundir brevedad con velocidad, ésta última suele ser contraproducente.

- Servirse de las pausas, son útiles para evitar la monotonía, dar énfasis, estimular la curiosidad y atención, y dar tiempo para dar una mirada a las notas preparadas.
- Fijar la mirada en el texto impide una buena comunicación con los ejercitantes; también la impide el fijarnos en uno solo de ellos; lo ideal es mirar alternativamente notas y auditorio paseando la mirada sobre el mismo.
- Recordar, por último, las finalidades de la exposición: Cautivar: atraer la atención y el favor; Iluminar: con la luz de la doctrina; Motivar: encendiendo los afectos; Convencer: para la toma de decisiones.

c. Respecto a los ejercitantes:

- El proceso de encarnación de la doctrina (o internalización de los valores) puede iniciarse en la conciencia, pasar luego a la libertad, despertar la afectividad y concretarse en el obrar. Pero no hay que olvidar que los diferentes tipos psicológicos pueden implicar distintos inicios.
- Para hacer obrar hay que hacer pensar la verdad, querer el bien y hacer sentir el bien y la verdad. Y también, para hacer pensar la verdad, querer el bien y sentirlos a ambos hay que hacer obrar.
- Hay quien pasa del dicho al hecho: de la teoría a la práctica.
- Y hay quienes pasan del hecho al dicho: de la práctica a la teoría.
- Saber motivar al ejercitante es el secreto clave en el arte de las ejercitaciones; es decir: despertar, sostener y orientar su interés.
- El interés es una realidad que implica sobre todo gusto y querer: interesa lo que gusta y se quiere.
- Para motivar hay que tener en cuenta: la manera de ser y de expresarse, la relación interpersonal, el medio ambiente, las prácticas concretas y los incentivos.
- Los incentivos son los medios para motivar y procurar la continuidad de la motivación.
- Los principales incentivos generales son: constatación y sentimiento de progreso, información y respuesta a los interrogantes, clima de libertad y creatividad, invitación a la iniciativa y a la responsabilidad, solidaridad y misión.
- Para que las diferentes prácticas actúen como incentivos motivantes del ejercitante éste ha de comprender su funcionalidad y entrever los frutos que reportarán.
- Otros ejemplos de incentivos particulares son: el acompañamiento espiritual periódico, los encuentros y retiros, la comunicación de lo recibido.
- La vida es lenta en crecer: ¡jamás desesperar!

En fin, como no recordar acá a Francisco de Osuna, maestro de Teresa de Avila, cuando dice: "Si quieres aprovechar en algún ejercicio de los interiores que tocan al alma (...) haste de enamorar mucho de tal ejercicio, estimando el uso de él, y teniendo a gran pérdida el cesar de usarlo" (Tercer abecedario, XIV: 2).